

DIÁLOGO ANDINO N° 19, 2000  
Departamento de Antropología, Geografía e Historia  
Facultad de Educación y Humanidades  
Universidad de Tarapacá, Arica-Chile.

---

## MITO Y EPISTEMOLOGÍA

por:  
LUIS ALBERTO GALDAMES R.<sup>1, 2</sup>

<sup>1, 2</sup> Becario MECESUP del Programa de Doctorado en Filosofía con mención en Epistemología de las Ciencias Sociales, Universidad de Chile. El presente trabajo se inscribe en el marco del Proyecto Fondecyt 1.000.089 cuyo Investigador Responsable es el Dr. Jorge Hidalgo L.

**RESUMEN**

*El autor examina los vínculos entre mito y epistemología, destacando elementos comunes y diferenciales. Se enfatiza la vigencia del mito y cómo las sociedades acuden a él para protegerse y expiar sus culpas.*

**ABSTRACT**

*The author examines the existing relationship between myth and epistemology paying particular attention to those elements in common and those that differentiate them. The emphasis is on the prevalence of myth and how societies use myth to protect themselves and expiate their sense of guilt.*

La reflexión que sigue a continuación estuvo en gran parte motivada por las continuas y a veces extensas conversaciones sostenidas con Guillermo Focacci. Indagador indomable de los fenómenos materiales de la cultura pero también de los enigmas intangibles del alma humana, este observador andariego de la pampa y de su entrañable Valle de Azapa, manifestó siempre preocupación noble por los mitos, aquellos que ahora comprende en las profundidades de lo eterno. A él dedico estas páginas, con sentimientos de estima y respeto.

**A MODO DE INTRODUCCIÓN**

Para muchos, la relación entre mito y epistemología asoma como una ligazón eufemística, que oculta la irreconciliable oposición entre conocimiento falso y conocimiento verdadero. En efecto, siendo la epistemología la “ciencia de la ciencia”, parece inadecuado e inoportuno un estudio vinculante que fuerce una relación inexistente entre ella y relatos preñados de falsos conceptos, que narran sucesos fantasiosos e inexistentes.

Sin embargo, las últimas dos décadas del presente siglo han sido testigos del declinar insoslayable de una concepción de ciencia, de cuño positivista, que pretendía erigirse como verdad absoluta e inmodificable en el tiempo. Ya pocos ponen en duda que el quehacer científico se reconoce ahora como momentáneo, provisorio, expresado en proposiciones válidas (no necesariamente verdaderas) en un momento determinado. De modo similar, se tiende a reconocer, en especial a partir de trabajos elaborados por la moderna antropología, que los mitos poseen validez cognitiva desde otra perspectiva (no científica), que valora formas alternativas y no excluyentes de conocimientos. Parte significativa de la epistemología contemporánea suscribiría esta afirmación.

¿Es posible arribar a conocimientos a través de los mitos? Si es así, ¿de qué tipo de conocimientos se trata? ¿Cuál es la naturaleza explicativa que opera en el relato mítico? Estas son las interrogantes epistemológicas fundamentales, en el sentido fuerte del término, que laten y animan el presente ensayo.

Desde esta perspectiva, asumimos como supuesto que los mitos constituyen productos culturales de la memoria colectiva de una sociedad, a través de los cuales es posible identificar una suerte de “teoría” global de la cultura que los crea, un “sistema” socio-cognitivo establecido por sus propios creadores.

Dicho esto, nuestro propósito se centrará en examinar la vinculación mito-epistemología a partir de distintas concepciones del pensamiento mítico que permitan visualizar el espectro de significaciones que este ofrece y que tocan ámbitos aledaños de temas afines.

### **¿QUÉ HAY DE UNIVERSAL Y DE SINGULAR EN EL MITO?**

El mito es un constructo cultural que cumple la doble condición de contemplar, al unísono, lo universal y lo singular. En efecto, se yergue como constante universal en dos aspectos: de un lado, aborda temáticas consustanciales al ser humano que se reiteran en todas las latitudes del planeta; esto es, su radio de operaciones no reconoce fronteras físicas ni humanas. De otra parte, su persistencia en el tiempo, no remitida ni circunscrita únicamente a sociedades más simples y tempranas, nos permite aseverar que tampoco el pensamiento mítico se deja encadenar a las fronteras temporales de una época remota; en realidad, vive, se reproduce y da origen a nuevos mitos aun en las celdas racionales de la modernidad.

Pero también en el mito es posible reconocer lo único, lo singular, lo irrepetible; aquellos atributos que, desde siempre, han tipificado los fenómenos históricos. Cada mito es hijo de su tiempo y de su particular contexto. Esto es, paralelamente a los rasgos comunes y universales, lo mítico subsume aquellas significaciones que seres humanos concretos otorgan a sus creaciones culturales. Se trata de otra dimensión, de una diferente escala de observación de los fenómenos, distinto cosmos que amerita una lectura especial que preste atención preferente a las especificidades histórico-culturales.

### **¿QUÉ PODEMOS CONOCER A TRAVÉS DE LOS MITOS?**

Los mitos forman parte de la tradición oral que las sociedades que los crean reconocen como modos verosímiles, válidos y adecuados para interpretar y transmitir, con una cierta intencionalidad, notas de la "realidad". Para nosotros, hijos de la racionalidad científica de occidente, ellos ofrecen interés desde una doble perspectiva.

Por un lado, el relato mítico se nos aparece como documento, como fuente potencial de información para la ciencia humana moderna. En efecto, en él encontramos datos referidos a: topónimos, identificación y/o descripción de flora y fauna, desastres naturales, lugares en los que es posible reconocer eventuales sitios arqueológicos, vestigios de espléndidos templos, personajes de los que por su denominación e indumentaria es posible inferir la existencia de grupos étnicos o de naciones; sus alimentos y bebidas, la imaginería y parafernalia que envuelve a las deidades; en fin, si se revisan con cuidado, los mitos pueden arrojar luces informativas que los constituyan en fructífera documentación para la heurística histórica y prehistórica, respectivamente. En este sentido, la mitología posee utilidad documental similar a otras fuentes, escritas u orales.

Desde otra perspectiva, el mito puede ser analizado como discurso. En efecto, sin perjuicio de la "veracidad" o de la "falsedad" del relato, éste representa la cosmovisión de un pueblo, conforma y constituye un mecanismo eficaz que organiza la realidad desde una perspectiva lógica específica. Se trata de un discurso que se estructura a partir de una óptica cultural, que da cuenta de lo real por medio de significaciones que le otorgan unidad en la comprensión, así como sentido simbólico y ritual; se erige así una suerte de "paradigma" cultural susceptible de ser examinado críticamente por las humanidades y por las ciencias humanas. Esta última perspectiva es la que nos interesa revisar en el presente ensayo.

### **¿ES POSIBLE CONOCER AL MITO?**

El conocimiento de los mitos no está exento de dificultades; algunas de éstas se derivan de la naturaleza formal y material de aquél (léase oralidad y/o escritura), mientras que otras se deducen de la complejidad interna del relato mítico.

Giambattista Vico (1668-1744), uno de los pensadores pioneros en avizorar la relevancia del mito como creación eminentemente humana y, por ende, digna de estudio, advertía con cierto pesar que su época racionalista había alejado a la mente humana de los sentidos, de la fantasía, atributo ambos del pensamiento simple y concreto que, a su juicio, tipificaban a la humanidad gentílica. Por ello resultaba “naturalmente imposible formarnos una imagen de aquel ser (porque) la fantasía ya no nos socorre para poder formar una inmensa imagen falsa. Por esto nos es, por naturaleza, imposible penetrar en la vasta imaginación de aquellos primeros hombres, cuya mente no era en modo alguno abstracta ni sutilizada ni espiritualizada, sino totalmente sumergida en los sentidos (...)” (s/f : 331). Esta suerte de “metafísica no razonada ni abstracta”, propia de seres “primitivos”, producía mitos desde la ignorancia y desde la fantasía que los embargaba. A pesar que parte importante de estos juicios resultan hoy altamente discutibles a la luz de los estudios de la ciencia antropológica (que Vico no conoció), no deja de resultar impactante ver cómo este pensador intuye correctamente en lo principal.

La vinculación entre lo mítico y lo “primitivo” cruza el pensamiento de importantes autores. Uno de ellos, Ernst Cassirer, apoyado en la investigación antropológica de B. Malinowski, a quien obviamente no conoció Vico, criticaba la visión que caracterizaba la vida primitiva como rígida, uniforme, inexorable y determinística, donde la tradición y la costumbre se obedecían ciegamente. En oposición complementaria, diríamos hoy, también existe la fuerza real de la libertad humana, que contrarrestaría la presión ejercida por el medio social. Más aún, sería erróneo suponer “la existencia de una heterogeneidad absoluta entre nuestra propia lógica y la mentalidad primitiva, mientras pensemos que ésta es específicamente diferente y radicalmente opuesta a la nuestra, difícilmente podremos explicar este hecho” (E. Cassirer 1945: 154). Así, se morigeró en este sentido el énfasis vicoquiano frente al mismo asunto. En efecto, lo que caracteriza al pensamiento llamado “primitivo” es su sentimiento general de la vida y no su lógica. Para este autor, las diferencias entre las cosas existen, pero por sobre ellas prima la convicción de una solidaridad fundamental e indeleble de la vida que trasciende la multiplicidad de lo singular. A este respecto, “la consanguinidad de todas las formas de la vida parece ser un supuesto general del pensamiento mítico” (1945: 158).

Es precisamente el pensamiento mítico el que, por su complejo contenido y estructura, ofrece la posibilidad de conocer la cosmovisión de los pueblos. Ella organiza los datos de la realidad de un modo tal que evidencia las conexiones significativas que realiza la gente, así como el grado de conocimiento que existe de las cosas, pero, también, revela sus concepciones del tiempo y del espacio (Luis A. Galdames 1987) y, en fin, el “sistema” de sus creencias explícitas e implícitas. El mito es la forma discursiva que asume la cosmovisión de una determinada cultura organizada socialmente.

La historia de las mentalidades confirma la presencia y vigencia del pensar mítico. Este forma parte de la urdimbre que teje la vida cotidiana, donde la explicación y la significación de los fenómenos asoman espontáneas en el pensamiento del común. Aquí la unidad del sentimiento parece ser más poderosa que las reglas de la lógica. Estaríamos, pues, en presencia de un modo de percibir el mundo que revela complejos procesos de síntesis en los que lo natural se confunde y coexiste con lo divino. Esta parece haber constituido la forma habitual del pensar popular, un espacio cognitivo-cultural en el que la metamorfosis fantástica ocurre con toda normalidad; esto es, el lugar donde cualquier cosa, fenómeno o personaje puede tornar en otro (v.gr. E. Cassirer 1945). En contraposición, el pensamiento científico clásico enfatiza los procesos de departamentalización de lo real, los pasos clasificatorios, el acto intelectual analítico.

**ORALIDAD/ESCRITURA: ¿UNA OPOSICIÓN RELEVANTE?**

La mitología, qué duda cabe, cobra existencia y reconoce origen en la oralidad. En esta suerte de estadio primigenio el mito se va historizando; esto es, a lo largo de los años y producto de los contactos culturales y de las sucesivas secuencias de transmisión, el relato va experimentando modificaciones de forma y de contenido (aunque para el estructuralismo dichos cambios resulten, a la larga, irrelevantes). En cierta forma, aquí radica una de las fuerzas que lo vitalizan, pues va reflejando la influencia visible de otras culturas (Cfr. M. Eliade 1985); permanecen antiguos, asoman nuevos y desaparecen viejos continentes y contenidos míticos y, finalmente, no podemos dejar de mencionar los propios énfasis y silencios que su vector de transmisión principal, el relator, va imprimiendo en cada ocasión. Y es que el narrador, el auditorio, la época y el lugar en que ocurre el relato se van sucediendo, alternando y coexistiendo en los diversos tiempos y espacios culturales.

En todo caso, es pertinente y oportuno advertir que en la oralidad resulta prácticamente imposible identificar (¿acaso importa?) cuál de todas las versiones de un relato es la original o cuál se asemeja más a ella. En rigor, no existiría un relato mítico originario; éste es un producto cultural en permanente construcción.

Advertimos que un cambio espectacular se suscita cuando el mito es atrapado y fijado en forma de escritura. Más temprano que tarde, asoma la escritura al acecho de la oralidad y la precisa y decanta, colocando una misma y normalmente única versión al alcance potencial de todos los lectores (que ya no auditores), donde y cuando fuere que sea.

Lo escrito, al configurar al mito como discurso estático, pasa a ser más que una mera técnica alternativa a la oralidad. Podemos suponer que al descontextualizarlo de la comunidad en que es narrado y escuchado y al filtrarse sin obstáculos hacia un colectivo indeterminado y no estructurado, cuya única comunión objetiva consiste en leer y escribir sin necesidad de alteridad, el relato mítico dejaría de ser experiencia vital pasada y comunicada entre pares culturales. Si esto fuere así, los mitos perderían su sustancia. Sin embargo, queremos pensar que su discurso, su lógica interna, sus estructuras constitutivas, sus temas y parte importante de sus funciones (a las que haremos referencia más adelante), continúan de algún modo presentes en la forma escrita. El soporte de esta idea radica en la no existencia de una versión original, oficial y única del mito en la oralidad.

**¿QUÉ ES EL MITO?**

El mito ha sido definido de muy diversas maneras, según el énfasis que quieran otorgar sus autores. Para algunos constituye una alegoría de los fenómenos naturales, para otros es "un modelo, estatuto, fundamento (charter) ancestral de conducta y organización sociales. Una tercera respuesta pone énfasis en los aspectos místicos, mágico y religioso del mito, concibiéndolo como un aparato de evocación de la era creadora (...). Como protociencia, como intento primerizo de explicación de las cosas. Una quinta escuela habla del mito como una historia ad hoc para dar cuenta de los ritos, las costumbres, los nombres" (J. Rivano 1987: 45). En el sentido otorgado por esta última escuela y por la segunda, se ha dicho de él en otro lado que "es una historia de tipo simbólico (que) transmite las pautas de comportamiento de cada sociedad. Por esto, es la base de la identidad cultural individual y de grupo" (UNESCO/OREALC 1989:93).

En verdad, no existe incompatibilidad entre todas estas concepciones.

De conformidad con los criterios implícitos en cada definición, los mitos han sido clasificados de múltiples maneras. Así, por ejemplo, se les ha agrupado en mitos divinos y

mitos naturales: “los primeros tratan, unos, de las jerarquías del cielo; otros, de la creación del mundo y de los hombres; otros, del patrocinio y tutela de los dioses sobre la naturaleza y de los hombres” (J. Rivano 1987:121). Además están los mitos sociales, que dicen relación con el origen y la conservación de las costumbres y las instituciones (Cfr. G. Vico s/f).

En atención a que los mitos se reiteran de cultura en cultura, es posible señalar que un determinado relato, oído o leído, no es sino una versión de una clase dada de mitos.

### ¿QUÉ Y CÓMO EXPLICAN LOS MITOS?

Si asumimos que los relatos míticos implican la aplicación de la imaginación plena de fantasía a los hechos de la experiencia de un pueblo, es dable asumir que este suceso ha de ser un rasgo común a todas las culturas, las que por medio de aquéllos trata de dar cuenta de las causas de toda especie de cosas y de fenómenos, desde los de carácter meteorológico hasta los que se refieren al origen de una costumbre local.

Es en este sentido que sostenemos que el mito es, de algún modo, historia verdadera, pues designa un tipo de relato que pone de manifiesto la comprensión de lo real por parte de un colectivo social. Se halla, pues, muy lejos de las nociones de ficción o de ilusión con las que se ha pretendido vincularlo (Cfr. M. Eliade 1985). Los mitos son historias que, aunque fantásticas para nosotros, tratan de explicar, mediante la narración de casos, ideas abstractas o concepciones del mundo. Este querer dar cuenta de las cosas es lo que autoriza para calificar al mito como un relato de tipo etiológico, pues pretende explicar la realidad y, en esta situación especial, tal como es percibida por los habitantes de un determinado tiempo y lugar.

Para la escuela sociológica francesa (léase E. Durkheim y sus continuadores), el verdadero modelo del mito es la sociedad y no la naturaleza como pudiera suponerse. Esta afirmación parece correcta y, en este sentido, sería legítimo sostener que el mito es una representación colectiva del cosmos. Como tal, supone la coexistencia de atributos místicos con otros de carácter racional.

Intentar visualizar el mito como un todo (eventualmente contradictorio), descubrir los motivos ocultos de sus creadores son asuntos de suyo complejos y difíciles, pero constituyen tarea indispensable para superar el reduccionismo intelectual que sólo se siente recompensado en el ejercicio clasificatorio analítico y en la observación objetiva desde fuera.

En esta línea argumental podemos señalar, por ejemplo, que mito y religión no pudieron ser del todo distinguidos a lo largo del desarrollo de la cultura humana. Y es que ambos aparecen impregnándose mutuamente. Como se ha sostenido por un autor, el mito es ya, desde sus comienzos, religión potencial (Cfr. E. Cassirer 1945).

Asimismo, y en el otro costado, también resulta difícil diferenciar entre mito y ciencia. Uno de los intentos serios por lograrlo corresponde a K. Popper, quien planteó el criterio de refutabilidad según el cual “una teoría científica debe afirmar que ciertas cosas no pueden producirse de tal forma que la teoría es refutada si se aceptan ciertas observaciones; (además) que hay una asimetría lógica que aceptando ciertas observaciones es posible refutar una teoría, pero no establecer su exactitud” (J.M. Smith 1982: 752). Obviamente, el mito no podría satisfacer este criterio. Pero esta propuesta popperiana ha sido puesta a prueba a partir del siguiente cuestionamiento: ¿es posible observar sin teorías?

Para el empirismo lo que interesa son las constantes de la experiencia sensible. Allí se puede distinguir entre lo sustancial, necesario e invariable, por un lado, y lo accidental, contingente y transitorio por otro. Se arribaría así a un mundo objetivo, dotado de cualidades fijas y determinadas a las que se accedería a través del proceso analítico. Siguiendo a

Kant, la naturaleza en sentido empírico o científico es la "existencia de las cosas en cuanto están determinadas por leyes universales". Para el mito, esta no es la naturaleza. El cosmos mítico es perceptivo, está poblado de tensiones emotivas que otorgan variadas significaciones (benéficas o maléficas, por ejemplo) a las cosas. Pero, por supuesto, esta distinción que hemos señalado entre ciencia y mito se asienta en una concepción de ciencia que cree en lo permanente, inmutable y seguro, ideas ya expulsadas de las actuales epistemologías.

En verdad, en el mundo de los humanos no podemos prescindir del uso de valores y de considerar los motivos de la gente para explicarnos su conducta. La subjetividad penetra con fuerza en el mundo, dando significación a las cosas, aunque no las cope del todo ni elimine la racionalidad de las cosas que opera independientemente del sujeto.

Sin embargo, supondría un grave error concluir que no hay diferencia entre mito y ciencia. En verdad, lo que tienen en común es que por distintas vías se preocupan de lo mismo: la realidad. En todo caso, esta similitud rige para el mito en tanto es tomado como procedimiento explicativo, función que no lo agota.

La diferencia, sin embargo, también se halla presente en el plano de la explicación. La práctica mágica, que se conecta con el mito, se basa en la convicción de que los efectos naturales dependen en gran medida de hechos tanto humanos como divinos. El ciclo de la naturaleza, diría Cassirer, "depende de la justa distribución y cooperación de las fuerzas humanas y sobrehumanas. Un ritual estricto y complicado regula esta cooperación. Cada campo particular dispone de sus propias reglas mágicas. Hay reglas especiales para la agricultura, para la caza, para la pesca (...). La magia no se usa con propósitos prácticos (...). Tiene objetivos más altos, empresas aventuradas y peligrosas" (1945: 176). En la misma dirección Malinowski, en su estudio sobre los habitantes de las islas Trobriand, apunta que se encuentra magia y mitología allí donde se requieren esfuerzos particulares y excepcionales.

De un modo u otro, los mitos siguen entre nosotros y cruzan transversalmente la realidad. La propia filosofía los incluye. ¿No hay acaso mito cuando, por ejemplo, la filosofía clásica ve en el agua, el aire y el fuego el último elemento que está en la formación de todas las cosas? Las maneras míticas asoman en el pensar filosófico cuando se enfatiza la casuística, la explicación concreta, acotada y personalizada. La filosofía, en cambio, pone énfasis en la explicación abstracta y universal.

En fin, el mito en su verdadero sentido no es teórico; su discurso es inconmensurable con las concepciones de la verdad empírica o científica y con la filosófica.

#### ¿QUÉ FUNCIONES CUMPLEN LOS MITOS?

Ya hemos visto que una de las principales funciones del mito es la de servir de explicación. Pero a juicio de varios autores, "la función principal del mito es revelar los modelos ejemplares de todos los ritos y actividades humanas significativas: tanto la alimentación o el matrimonio como el trabajo, la educación, el arte o la sabiduría" (M. Eliade 1985: 14).

El relato mítico sería así una historia portadora de un mensaje moral. Esta idea es clave pues, al parecer, las sociedades han creado mitos sobre el origen del universo y de los humanos con el objetivo de definir, en palabras de Max Scheler, "el puesto del hombre en el cosmos", confiriéndole así el sentimiento de los fines, motivos y valores.

Aquí el mecanismo explicativo opera en dos posiciones que arrancan de tiempos opuestos. De un lado es causal, esto es, la sucesión de causas y efectos que viene del pasado (si conocemos en el efecto es posible acceder a su causa o, al revés y en sentido aristotélico, si se conoce la causa, entonces podemos predecir el efecto) construye una cadena causal que

no puede cortarse y que da cuenta del porqué de la sociedad. Pero esto no basta; al mismo tiempo y en sentido inverso, descubrimos otro origen explicativo: el teleológico. Este último explicita los fines y, con ello, echa a andar y orienta el sentido de la cadena causal. Se trata de una explicación que viene del futuro.

Si esto fuere así, estaríamos en presencia de un modelo explicativo (otra vez se nos asoma la función explicativa) de tipo determinista. ¿Dónde queda entonces el espacio reservado a la libertad humana?

En la línea de pensamiento de Vico, la experiencia religiosa es la que proporciona al ser humano un centro desde el cual otorga significación a los fenómenos. Desaparece así la selva y el caos deviene en cosmos. Futuro y pasado se dan la mano para confrontarse con el presente. Aquí nace el ser histórico. Por medio del ritual, los humanos se elevan a un plano superior que integra cuerpo y espíritu (G. Vico *s/f*). Ante ellos se abre la eternidad, se quiebra la temporalidad y se transporta a la realidad intemporal y universal.

Finalmente señalemos que ligada a lo religioso y a lo ritual encontramos semioculta la función de expiación de culpa que cumple el mito. En efecto, no siempre la función explicativa es eficiente en la eliminación de la culpa a nivel individual. Pero el mito debe resolver el conflicto vía expiación del colectivo social. Dicho en otros términos, si los dioses están molestos por disputas internas, entonces la rendición de cuentas es entre ellos y no con los seres humanos.

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

Hemos intentado mostrar, vía circularidad argumentativa, cómo el relato mítico es un conjunto de respuestas que se acuñan ante interrogantes correspondientes formuladas por sus creadores.

La mayoría de los autores que hemos revisado suscribirían la idea de una asociación indisoluble y casi perfecta entre la mitología y las sociedades tempranas. A nuestro juicio, el relato mítico constituye una manera específica de pensar que si bien en la actualidad ha hecho abandono de antiguas creencias, sobre la marcha va construyendo, acaso inconscientemente en la mayoría de los casos, otros nuevos que incluso se van introduciendo (como pensar mítico) en el quehacer científico y filosófico.

También hemos querido enfatizar los méritos de un approach de naturaleza fenomenológica más que empírica, sin perjuicio de la evidente utilidad y servicio de este último frente a determinados propósitos. En enfoque fenomenológico, en su acepción más lata, permite justipreciar el valor de las significaciones que otorgan sus creadores en un contexto específico.

Del mismo modo, ha sido preocupación importante del presente ensayo el poner de relieve los méritos que encierra un estudio de los mitos desde una óptica epistemológica. En este aspecto, lo más productivo nos ha parecido enfatizar el tema de la explicación.

El relato mítico explica con historias, pero en ella se produce, en un momento dado, un salto abrupto y arbitrario, saltando del nivel de las proposiciones al de la pura ficción. Es una historia simple y arbitraria (J. Rivano 1987), pero suele tener tal fuerza de síntesis y de penetración que basta por sí sola. Curiosamente, a diferencia de los estudios que se ocupan de lo general y abstracto, el mito suele inhibir los impulsos de la curiosidad, a pesar de haber nacido él mismo de la fantasía.



## BIBLIOGRAFÍA

- CASSIRER, Ernest  
1945  
Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura. F. C. E. México.
- ELIADE, Mircea  
1985  
Mito y realidad, Editorial Labor. 6ª Edición. Barcelona.
- GALDAMES, Luis A.  
1986  
"Vitalidad de la piedra y petrificación de la vida: notas sobre mentalidad andina". *Diálogo Andino* N° 6. Universidad de Tarapacá.
- GUERRERO, A., Patricia  
1993  
El saber del mundo de los cóndores. Ediciones Abya-Yala. Quito.
- RIVANO, Luis  
1987  
Los mitos. Su función en la sociedad y la cultura. Bravo y Allende Editores. Santiago.
- SMITH, John M.  
1982  
"Las construcciones del espíritu humano". Dossier Mito y Ciencia. En: *Mundo científico (La Recherche)* N° 16, Barcelona.
- UNESCO/OREALC  
1988  
Cultura I. Santiago.
- VICO/Juan Bautista  
*s.ff.*  
Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones. Editorial Universitaria. Universidad de Chile. Santiago.